

La T.V.: la realidad del vacío y de la confusión

Jesús M^a Ayuso Díez.

Catedrático de Filosofía de Bachillerato. Miembro del Instituto E. Mounier.

Lo que sigue no va más allá de unos apuntes del natural, a lo sumo un ensayo o un intento de darle cuerpo a unas cuantas vislumbres, según las cuales la T. V. no es sólo un electrodoméstico entre otros, sino la provocadora, a la vez que el síntoma, de lo que creo que sin exageración hay que considerar una modificación sustancial del ser humano. Su carácter de apuntes y la brevedad que el formato impone me han llevado a formulaciones que al lector pueden parecerle exageradas. Yo estimo que su contundencia puede compensar la ligereza con que frecuentemente se examina el asunto de la T.V. en las conversaciones.

La T.V. y la mentira real

La T.V. es la verdad de nuestra cultura. Ella refleja lo que somos. Más aun, nos crea. Nuestros deseos, nuestros temores, nuestras esperanzas y expectativas nacen y mueren, vibran y desfallecen al albur de su programación. Ella marca la hora de comer, la de acostarse y hasta los momentos en que aliviarnos. Su ritmo pauta nuestro tiempo.

Pero si esto es así, si realmente es la T.V. nuestra verdad más honda, si ella se ha instituido en el lugar donde nuestro propio ser aflora y se constituye, entonces resulta que toda nuestra realidad se asienta en la mentira, en la mayor mentira de todas, en un *vivir por dele-*

gación: la vida enajenada que es, en suma, el secuestro de la vida.

No estoy diciendo que la T.V. mienta, deforme o enmascare la realidad. Si así fuera, me estaría quedando corto, pues supondría que hay una realidad sobre la que la T.V. se limita a echar su velo, pero que, al fin y al cabo, *sería* independientemente de ella. Lo que pretendo dar a entender es que, aun cuando la T.V. «refleje fielmente» la realidad, miente. Y es que el modelo representativo no alcanza a dar cuenta del fenómeno de la T.V. Ver en ella un espejo de «la» realidad es condenarse a no percibir su poder *configurador* o *creador*. Claro está que, cuando las cámaras televisivas transmiten algún suceso, no son ellas las que lo inventan. Pero sí, las que lo hacen verdadero y, con ello, verdaderamente real.

¿En dónde radica entonces el carácter esencialmente mendaz de la T.V.? Digámoslo con pocas palabras: no en *lo* que transmite, sino en el *modo* como lo hace. No es que *la realidad* a la que se asoma sea falsa, sino que *el tratamiento* que aplica a lo que muestra, aunque sea verdadero, lo falsea, pues acaba imponiéndose hasta el punto de producir una nueva estructura real. De la T.V. no se puede decir, pues, que sea un simple instrumento, ni bueno ni malo, ni veraz ni mendaz, salvo por el *uso* que se le dé. Como si el uso pudiera ser cualquiera. Así, uno puede sostener que una pistola no es, en sí misma conside-

rada, ni buena ni mala, sino que depende de lo que se haga con ella; que uno puede utilizarla, por ejemplo, para clavar un clavo del que colgar nada menos que toda una obra maestra de la pintura. Argumentar de tal guisa implica ignorar, primeramente, que no es ése el uso *esencial* de la pistola, ése que la define como tal (disparar); y por ello, en segundo lugar, implica suponer que se puede usar de cualquier modo un instrumento, con independencia de cuál sea su configuración esencial. Ahora bien, esto no es así, pues ésta determina el campo y el modo de su aplicación: con una pistola, es más difícil abrir una lata de conservas que herirle a alguien de un balazo.

Algunas confusiones esenciales

Empecemos por denunciar una ambigüedad que, en el fondo, no es sino la misma *confusión* de planos a la que acabo de referirme. Se ha acuñado la expresión «realidad virtual» para designar las creaciones cibernéticas de origen electrónico, algunas de las cuales pueden resultar en ocasiones tan verosímiles que pueden parecer perfectamente reales. Dicha expresión es confusa, porque lo que designa no es más que la realidad de lo puramente virtual. Mejor sería entonces hablar de «virtualidad real», en el sentido de que, en la misma, lo único real

es la virtualidad, es decir, que toda esa realidad se reduce a lo virtual, con lo que esto comporta de escamoteo esencial de la verdadera realidad, de la realidad real. Si lo pensamos despacio, observaremos que esta expresión, realidad «real», con todo lo redundante que es, es menos insignificante de lo que parece, pues responde a la exigencia de contrarrestar el creciente influjo de la poderosa realidad «virtual» que amenaza con engullirlo todo.

Señalemos otra confusión que guarda estrecha relación con la anterior, por cuanto mezcla alejamiento y cercanía –coordinadas según las cuales se ordenan la vida y el mundo humanos–: la que la T.V. propicia entre lo *público* y lo *privado*, y que puede perfectamente acabar en una colonización de la conciencia personal tan sutil como completa, hasta el extremo de anularla por suplantación. Esta destrucción puede, ciertamente, alcanzarse por otros medios, pero la confusión a la que acabo de referirme la vuelve más imperceptible. Así, es corriente considerar que la T.V. es una «ventana abierta al mundo», a través de la cual éste nos resulta accesible y cercano: podemos conocer lo que pasa en cualquier parte e incluso asistir a su acontecer. La T.V. nos permitiría abrirnos al exterior, impidiendo por tanto nuestro ensimismamiento y facilitando la intercomunicación. (¿Acaso no se la considera un medio de *comunicación* de masas?).

Sólo que no es verdad. Esa «ventana» hacia el *mundo* se encuentra justamente en el lugar de la casa consagrado a la *intimidad*. Más aun, ésta gira en torno a la T.V., que no sólo está en la sala de estar, sino que instituye como sala de estar aquélla donde ella se encuentra, de forma que una casa sin T.V. es menos casa y una conversación sin su ruido de fondo se apaga. En conclusión, la «ventana abierta» al mundo, a lo público, acaba siendo el eje de la vida privada, y así lo que resulta no es ni público ni pri-

vado ni tampoco una articulación de ambos, sino su confusión, que culmina en la destrucción de uno y otro.

El mundo, al entrar a través de la T.V. en la casa, acaba perdiendo lo que tiene de público, pasando a formar parte de la decoración hogareña y del ambiente familiar; quedando, en suma, integrado y sujeto a la pulsación digital que, encendiendo y apagando o practicando el *zapping*, lo crea y destruye. (Igual que sucede con la «educación para la vida», que supone cándidamente que introducir en el currículum educativo talleres y asignaturas como «educación para la salud», «...para la sexualidad», «...vial» y *tantas* otras equivale a hacer entrar la vida en las aulas, cuando lo que, en realidad, consigue es convertirla en asignatura –matarla–).

Al carácter privado de la vida privada le pasa lo mismo. Esa penetración también la destruye, al impregnarla tanto de todo lo mediático que llega a suplir a la conciencia personal, cuya palpitación en adelante será de origen y naturaleza televisivos. Esto no ha de sorprendernos, dado que el propio formato de los medios de difusión y, en especial, el de la T.V. produce esa despersonalización, por el ritmo trepidante que impone a cuanto muestra, provocando el amontonamiento de los asuntos que, por falta de tiempo para demorarse en ellos, rara vez acaban por tener sentido para el telespectador.

De esta manera, el mero hecho de que algo aparezca en pantalla basta para dotarlo de significación (con las consecuencias que esto tiene para la génesis de un talante acomodaticio). La prueba de que la mera *aparición* en pantalla justifica lo transmitido, sin que sea necesario que guarde relación con la vida y las necesidades de la gente, está en que su ausencia se suple con lo *espectacular* y estrambótico. Cuanto la T.V. toca se vuelve así impersonal, y lo más íntimo se convierte

en lo más zafio. ¿Un ejemplo? Hace poco tiempo, en la cadena más «culta» de la televisión pública, en un momento de máxima audiencia y en un programa para gentes (¡cómo no!) inteligentes, el entrevistador, en un alarde de «periodística agresividad», le pregunta a su invitada: «Dígame, ¿qué cara se le queda a un hombre cuando lo castran?». La entrevistada tuvo la delicadeza de no mostrar su estupor sino en el tiempo que se tomó en responder, supongo que preguntándose si no habría sido posible contar con alguien que, al entrevistar, no confundiera la perspicacia con una burda penetración. No es exagerado subrayar que los llamados *talk-shows* no son una degeneración de la T.V., sino su culminación, la manifestación de lo que constituye su entresijo esencial.

Ninguna de estas confusiones es inocua. Muy al contrario, todas albergan los gérmenes de la barbarie que por doquier se hace notar. La que acabo de señalar entre lo público y lo privado va de par con la creencia –de tan serias repercusiones educativas– de que existe un «mundo de los niños» o de que los niños tienen su *mundo* propio. Aparte de que esta afirmación da por supuesto que la infancia es capaz por sí misma de configurar una totalidad de sentido, ignora lo que es un hecho, a saber, que en el mundo conviven simultáneamente personas de edades diferentes, en el que los adultos transmiten a los pequeños, a lo largo del tiempo y gradualmente, la cultura que a su vez ellos heredaron. Considerar que disponen de un mundo propio equivale en realidad a expulsarlos sutilmente del único mundo existente –y que es común–, encerrándolos tras un muro que los aísla y los deja a merced de su propio infantilismo y, así, de cuantos traficantes sacan tajada del mismo.

Este aislamiento comporta también la anulación del tiempo histórico y biográfico, al enclaustrar al niño en la inmediatez del presente

instantáneo que se le propone como único horizonte: a todo tiene acceso, a todo tiene derecho, ahora mismo y sin más motivo que porque sí. Su propia formación y, por tanto, la cultura a la que paulatina y esforzadamente debería irse aupando, pierde sentido, el cual queda oculto tras el brillo deslumbrante de la satisfacción inmediata. Esto tiene como consecuencia, decía, la desaparición de la temporalidad interior. La vivencia de la misma corre el riesgo de esfumarse, fagocitados como quedan los niños en esa fantasmagoría televisiva, cosida de interrupciones e incoherencias –«¡Mi hijo es que ni pestañea!», exclaman las madres–. Cabe temer que la pérdida de la conciencia personal guarde una estrecha relación con la introyección de este ritmo espasmódico.

Porque –no nos engañemos– el amontonamiento y la mezcla de noticias, anuncios publicitarios, programas, etc. impide cualquier coherencia, si no se adoptan medidas compensatorias. Sometidos al imperio del amontonamiento y de la confusión, según el cual todo posee la misma importancia, pretender la menor coherencia argumentativa (no digamos ya personal) es aspirar a un imposible. Ni siquiera cabe ya, en tales casos, hablar de «contradicción lógica», pues falta la condición que la hace posible: la *ilación*, la cual queda maltrecha, al ser permanentemente interrumpida, bien por los anuncios –entre sí desconexos también–, bien por la sucesión de noticias sin relación alguna, bien por nuevos ingredientes cuya única misión es precisamente ésa, interrumpir («¡¡¡cuidadín, cuidadín!!!»), a fin de, paradójicamente, mantener la atención de los espectadores. Tenemos como resultado una atención incapaz de mantenerse durante más de un par de minutos sin culminar en bostezo, por lo cual requiere permanentes sobresaltos. (Guiño a

educadores: ¿no se ha visto Ud. mismo obligado más de una vez a cortar el hilo de su explicación mediante algún sobresalto que despezzara a sus alumnos?).

A la postre, nos encontramos con que se bloquean la conciencia y la coherencia personales, al no haber podido el niño desarrollar la relación consigo mismo en la que aquélla se asienta, absorbido como ha estado por la red de imágenes y ruidos que teje la T.V. Y, si acaso

Lo que constituye al «ahora» en un acontecimiento –en momento «actual»– es que, una vez televisado, se precipita en la nada y en el olvido, sepultado por una montaña de actualidades tan superficiales y fugaces como él. El desprestigio de la Memoria histórica y del Macrorelato va paralelo, como vemos, a la multiplicación de los «momentos históricos» a los que los medios de difusión de masas nos convocan, aunque su condición no es ya, como vemos, la de ser memorables, sino paradójicamente *olvidables*.

logra formar esa conciencia de sí, no será extraño que sea la de un ser dolorido, frustrado por no haber podido satisfacer todos los deseos que se le han inducido, o hastiado por no haber hecho otra cosa que responder a todas las incitaciones de las que ha sido víctima.

Si esto es verdad, es inmenso el riesgo de que la guerra contra cualquier poder usurpador de la libertad esté prácticamente perdida de antemano. Si existir humanamente es resistir, podemos colegir que, menguada la capacidad de resistencia, nuestra propia existencia se ha desvanecido, diluida en la participación en esas fuerzas impersona-

les cuyo haz es la T.V. De ahí, el progresivo vaciado de la propia existencia que acaba en ser una vida conforme a lo ajeno o secuestrada.

El formato televisivo y la «actualidad»

¿Pero tiene algo que ver lo dicho con el formato mediático y, más en particular, con el televisivo? Rotundamente, sí. Aparte de las intenciones –loables o perversas– con que sean ideados los diferentes programas, no podemos infravalorar la configuración esencial de la T.V. Así, y volviendo a lo apuntado al comienzo de estas páginas, no es que la T.V. recoja el acontecimiento, sino que, por el contrario, es la presencia de las cámaras y de los periodistas la que lo crea, y tanto más importante será cuanto mayor sea el número que se concentre para transmitirlo. Para comprender esto, basta con considerar el número de «famosos» cuya única tarea conocida es «chupar cámara», gracias a la cual siguen «chupándola». Esta circularidad (viciosa donde las haya) es característica de la difusión mediática, en el sentido de que los medios de masas inevitablemente acaban convirtiéndose en su propio contenido. Cosa, por lo demás, que no ha de extrañarnos, pues ¿qué más lógico que quien dota de realidad –la T.V.– termine reconociéndose y mostrándose como la realidad suprema y la única merecedora de ser objeto de atención? ¿Qué otra cosa es, si no, *el Ente?* (La onto-teo-logía mediática).

Ahora bien, lo que aspire a obtener la carta de ciudadanía en el reino de lo real ha de cumplir algunos requisitos, esto es, ha de ser susceptible de ser televisado –de ser dotado de existencia–, siendo el principal el de que ha de gozar de *actualidad*, esto es, ha de ser banal y fugaz –y, si no lo es, se le banaliza-

rá-. Es «actual» lo que está ahí y ahora de la manera más superficial posible. Quiere decirse que lo que constituye al «ahora» en un acontecimiento –en momento «actual»– es que, una vez televisado, se precipita en la nada y en el olvido, sepultado por una montaña de actualidades tan superficiales y fugaces como él. El desprestigio de la Memoria histórica y del Macrorrelato va paralelo, como vemos, a la multiplicación de los «momentos históricos» a los que los medios de difusión de masas nos convocan, aunque su condición no es ya, como vemos, la de ser memorables, sino paradójicamente *olvidables*.

No es irrelevante esta nueva concepción de la Historia cosida de olvido, y no de memoria. Al respecto, señalemos tan sólo que la «existencia mediática», de la que estamos hablando, ignora el tiempo –al anular toda conciencia íntima del flujo temporal– así como la coherencia lógica –según lo dicho líneas antes–. El paradigma de esto es la publicidad, que amontona anuncios que no guardan entre sí relación lógica alguna, así como el formato de los programas informativos, en los que a la muerte de alguien puede sucederle perfectamente los movimientos bursátiles o

algún conflicto laboral. *Actualidad* y *amontonamiento* van pues parejos y, con ello, la *des-mundanización* del mundo. Éste deja de constituir una totalidad de sentido para convertirse en una parcelación de *entornos* de incitaciones y estímulos, con lo cual el hombre pierde humanidad en aras de la animalidad: la respuesta inteligente –que se ha tomado un tiempo de reflexión– es sustituida por la respuesta instintiva –moldeada por los patrones mediáticos, cuyo ritmo no está pautado por la temporalidad, sino por la instantaneidad–.

Al final, la unión de des-mundanización y de instantaneidad desemboca en la *vaciedad* peculiar de la T.V., que la lleva a convertirse, como antes decía, en su propio contenido: se llena de sí, en una referencia ensimismada y ajena a las necesidades y a los intereses vitales de la gente, que acaba adoptando ese modo de existencia mediática que es la existencia secuestrada de que llevamos hablando desde el principio: satisfacción de las propias necesidades por *verlas* satisfechas en los personajes televisivos, con cuyas necesidades, preocupaciones, ansiedades, etc. el telespectador se identifica, y ello hasta el punto de llegar a suplir las suyas

personales por éstas últimas, como en los *reality-shows*. (¿Cabe mayor pornografía?).

Pero la vida sigue, también la del telespectador absorbido por la pantalla. Absorbido, es decir, *creado a imagen y semejanza* de la banalidad televisiva, con la que inevitablemente ha de mantener un maridaje casi insoluble (de ahí su carácter adictivo), y que consiste en que T.V. y público se envían recíprocamente la imagen reconfortante de su propia mediocridad en un movimiento circular e indefinido. Como la culminación natural de esta adocenada tranquilidad es el sopor, la vida que sigue latiendo en el telespectador reclamará emociones fuertes que lo despabilen, esos espasmos y esos calambres que le produzcan, por lo menos, cierta sensación de vivir.

Parece que, cuando la vida encuentra bloqueadas las salidas que ella misma se dio para desplegarse y crecer, y que constituyen lo que se conoce como «cultura», las mismas potencias vitales –creadoras por ende de vida– acaban volviéndose contra sí mismas en forma de hastío, de odio y de resentimiento.

Es difícil disimular la gravedad del asunto.¹

1. Para lo aquí escrito, me he servido ampliamente del libro de Michel Henry, *La Barbarie*, Caparrós Editores, Madrid, 1997 (que presentamos en este mismo número). Resulta así mismo refrescante la lectura del libro de Lolo Rico, *T.V., fábrica de mentiras*, Espasa-Calpe, Madrid, 1992. Puede serle útil al lector interesado, y de fácil comprensión, el libro de Alejandra Vallejo-Nájera, *Mi hijo ya no lee, sólo ve la televisión*, Temas de Hoy, Madrid 1996 (1ª ed.: 1987).